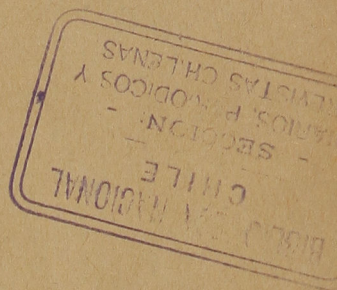


MASTIL



E
S
C
R
I
B
E
N

Luis Durand.—Ricardo M. Setaro.—Waldo Frank.—Neftalí Agrella.—Esteban Roble.—Raúl Cuevas.—Eduardo Phillips.—Roberto Meza Fuentes.—Jorge Guzmán D.—Angel Cruchaga S. M.—Dr. Moisés Mussa B.—Ludovico Esparza.—Wilhelm Ulriken.—Ricardo Tudela.—Rafael B. Esteban.—Diego Muñoz.

N.º
3

1
9
3
0

Poetas de vanguardia de Chile

Pasada la conmoción que operó en la Poesía de América y España aquel que «nació bajo el nicaragiense sol de encendidos oros», los poetas respondiendo a esta vida de hoy hecha en la vorágine y en el tumulto humano que se adentra en el espíritu como un muelle en el estrépito del mar han visto que la época cayendo en sus corazones como un alud de estrellas, necesitaba una nueva voz y un latido diferente.

Pese a los críticos de este país y del extranjero que llevados por una obscura consigna tratan de negar la poesía de nuestra tierra, hoy Chile posee los valores líricos más significativos del idioma.

En estas palabras florecidas al rededor de la obra sincera y rica de los poetas de la vanguardia, sólo trataré de recordar el rostro y el alma de algunos compañeros que en este país austral humedecen sus ojos mirando la Cruz del Sur mientras la noche pasa como un recuerdo en una tardía fragancia de violetas.

Yo no quiero ni debo colocar en este título de «poeta de vanguardia» a algunos que honran a Chile, pero que ya no pertenecen a este galope sideral de la mano del tiempo. Por eso me ceñiré solamente a evocar la labor de aquellos que en realidad han pasado ese desfiladero que separa la poesía de ayer de esta de hoy imperiosa, exaltada, dueña de panoramas imprevistos.

A pesar de que los barcos pretéritos pretenden sonreír de los valores que irrumpen en nuestra literatura, repitiendo la frase de siempre de que «no existe nada nuevo bajo el sol», si algún día llegaran a sentir esa comunión original que da la nueva poesía en la imagen, en la percepción del adjetivo, en el color de las cosas contempladas en una fantasmagoría de nuevos astros, entonces presintiendo desconocidas vibraciones vislumbraría un credo estético insospechado. Es preciso poseer una fuerte energía para despedirse del pasado y quemar como Cortés las naves y zarpar hacia los planetas que antes el ojo no alcanzó a descubrir, y entonces el poeta se encontrará frente a los horizontes vírgenes, como en éxtasis, en una hora de arrobamiento en que le será preciso bautizar de nuevo a las cosas.

Vicente Huidobro, a quien nombraré primero que a nadie entre los poetas de vanguardia de mi patria, antes de partir a Europa en 1916, ya había buceado en el mar desconocido del futuro. Lejos ya del modo poético de los líricos de entonces, buscaba su camino, hasta que en 1917 apareció «Horizon Carré», obra en cuyo prefacio decía Huidobro las palabras iniciales de su doctrina estética: «Crear un

poema tomando de la vida sus motivos y transformándolos para darles una vida nueva e independiente.

Nada de anecdótico. La emoción debe nacer de la sola virtud creatriz.

Hacer un poema como la naturaleza hace un árbol.

No podemos olvidar el asombro que produjo «Horizon Carré» entre nuestros intelectuales que aún consideraban el colmo del atrevimiento las poesías de Ruben Darío. Hubo comentarios desconcertantes, aplausos tímidos y dió ocasión para que nuestros críticos hicieran gala de inoportunos chistes en los que estaba ausente la espiritualidad.

A la sombra de la Torre Eiffel que ha cantado con tanto ardor, Huidobro ha convivido durante más de 13 años con los más notables poetas de vanguardia de Francia, como Guillaume, Apollinaire, Blaise, Coudrars, Paul Eduard, Paul Dermée y otros que son guías en el fragante país galo.

Huidobro ha publicado más tarde «Poemas Articos», «Ecuatorial», «Hallali», «Tour Eiffel», «Saisons Choisies» «Automne Regulier», «Tour a Coup», «Manifestes», «Vientos Contrarios» y hace poco «Mio Cid Campeador».

«Horizon Carré» es una de las más bellas y emocionadas obras de Huidobro y aunque el lector se desoriente al iniciar su lectura por la falta de puntuación y la misma disposición de los versos, pronto logra que una corriente firme y verdadera de alta poesía lo envuelva en su música prolongada.

El creacionismo al penetrar en España en 1917, tuvo tal resonancia entre la juventud poética de la Península que según Rafael Canssins Assens el paso de Huidobro por Madrid fué el acontecimiento artístico más trascendental del año 1918». Y esto es tan cierto que los líricos de vanguardia hispanos sufrieron la poderosa influencia del autor de «Horizon Carré» pueden informarlo las revistas de la época.

La característica de la poesía de Huidobro, como el lo ha manifestado, es «crear» está encaminada o un arte puro, susbtraído hasta donde sea posible de la copia de la naturaleza, huyendo de las descripciones que han alejado el verso de su cristalino origen, bifurcándolo en divagaciones pueriles que sólo traducen momentos frios y fotográficos».

Oigamos a Huidobro en «Nueva Canción»:

Detrás del horizonte

ALGUIEN CANTABA

Su voz
No es conocida

DE A DONDE VIENE

Entre las ramas
No se ve a nadie
La luna misma era una oreja

No se escucha ningún ruido
Sin embargo

una estrella desclavada

Ha caído en el estanque

EL HORIZONTE SE HA CERRADO

Y no hay salida»

El poeta nos ha dicho que desea tomar motivos de la vida y transformarlos para darles una existencia nueva e independiente. En la «Nueva Canción» consigue darnos sensaciones atadas en el poema como en un collar de luz. Y esta belleza que crea Huidobro tiene una fragancia de paisaje recién descubierto.

Para realizar un prolijo estudio de la poesía del autor de «Horizon Carré» sería preciso un espacio de tiempo de que hoy no dispongo; sin embargo para que vosotros palpéis el espíritu de este gran artista chileno cuya obra es ya universalmente conocida, leeré una de sus producciones más puras aparecida en «Poemas Articos», libro publicado en Madrid en 1918. Se titula «Horizonte»:

Pasar el horizonte envejecido
Y mirar en el fondo de los sueños
La estrella que palpita.
Eras tan hermosa
que no pudiste hablar,

Yo me alejé
Pero llevo en la mano

Aquel cielo nativo
Con un sol gastado.
Esta tarde

en un café

he bebido

Un licor tembloroso

Como un pescado rojo

Y otra vez en el vaso escondido

Ese sueño filial.

Eras tan hermosa

que no pudiste hablar,

En tu pecho algo agonizaba.

Eran verdes tus ojos
pero yo me alejaba.
Eras tan hermosa
que aprendí a cantar».

La personalidad de Huidobro en una incansable labor de más de 13 años, o sea desde la aparición de «Horizon Carré» ha logrado que en Europa se le considere como a un temperamento excepcional. Y así hemos visto poesías suyas traducidas al inglés, al italiano, al ruso, al alemán y al rumano, como una corroboración de que la obra del poeta de Chile ha adquirido ese prestigio universal que sólo consiguen los grandes artistas en la ancianidad.

Manuel Rojas. Hé aquí a un poeta que de súbito apareció en aquel inolvidable grupo de «Los Diez». Su verso puro de cristal y de paz anunció a un poeta que después sería además uno de nuestros mejores prosistas.

La labor de Rojas como poeta no es fecunda, pero en ella fulgura el sentimiento de hoy. Agil, brioso, el lírico sorprende el matiz actual y sus imágenes firmes cogen el panorama en todo su dinamismo. En su «Tonada del Transeúnte» hay poemas que colocan a Rojas entre los poetas de la vanguardia chilena.

Escuchad:

Marcho hacia adentro por las calles
el corazón ligero oh álamo de otoño,
el viento mueve las hojas amarillas
con mis pasos que van de la vida a la muerte,
perspectivas azules sobre los hombros de los rascacielos armoniosos
donde caen las naranjas calientes de la tarde,
la muchedumbre festonea de negro y rosa las aceras paralelas
y en su orilla oscila mi sombra fugitiva y constante,
gira un momento en el espacio el canto de ojos húmedos
el canto hinchado por la savia de mis raíces musicales
y asciende por encima de las azoteas grises
en zumbido que subes anillado con el vaho ardiente de los cuerpos
atravesados por gritos agudos y jadeos profundos de automóviles;
las calles marchan conmigo en sentido contrario
mientras mis ojos palpan el rostro familiar de las casas,
se va la tarde de pies rosados y camino sobre sus mariposas
muertas.

Sombra trémula animada por el ansia del canto
siguiendo el ritmo sencillo e inexplicable de la estrella»

El poeta recibe en su cuerpo la sensación del mundo y ella le

enciende las venas en dulzura. Siempre el canto es varonil y alto, penetrado de deseos y de color. Canto unánime, erguido, fresco.

«Despierto tendido sobre la cubierta del día que zarpa
entre los gritos esbeltos de las sirenas de las fábricas.
Esta es la mañana con sus canastos de frutas
y sus carretones panaderos.
Golpeé sus lisas tablas con mis piés que aún persisten;
semidesnudo canto, en el aire la cabeza mojada.
Abiertos los brazos te siento, corazón, viejo amigo
a quien todos los días se estrecha la mano con ternura;
estás ahí dispuesto a partir hacia donde sea
llevando un rostro de mujer en tu latido exacto.
Tú dormirás aún con el rostro vuelto hacia mi recuerdo
y tu sonrisa distante sostiene mi remo en la mañana.
¡Eh, marinero!
Estamos listos otra vez, suelta las amarras».

Hace 18 años, cuando aparecieron los primeros versos de este Pablo de Rohka exaltado y febril, los poetas jóvenes saludaron con afecto su interesante personalidad, en la que había música y sentimiento. Después el lírico que hablara del amor en estrofas retóricas y armoniosas como lanzándose en un grito hacia la vida, volvió desde su soledad con un mar de cantos trémulos. Más tarde publicó «Los Gemidos», obra que nuestra crítica, casi en su totalidad, trató de ridiculizar con esa vehemencia fácil e innata en los compatriotas de mofarse de lo humano y de lo divino.

Pablo de Rohka daba al elemento chistoso un campo propicio, pues si había en «Los Gemidos» poemas de gran vuelo y de hondas facultades poéticas, el autor por ese desprecio que ha sentido siempre por todas las opiniones, publicó en esa obra numerosos poemas que iban en desmedro de su personalidad. Pero en verdad no hubo justicia para «Los Gemidos». Todo lo bello que asordaba como una abeja en el medio día en esos cantos de piedra y de angustia fué olvidado y sólo hubo para el poeta conceptos hirientes y frases de conminación.

No se podría negar que Pablo de Rohka es un escritor de vanguardia. Vibra, horada con su lamento, construye imágenes nuevas. Camina hacia las más desconcertantes estrellas.

Oilo: en su poema U. que es una especie de confesión íntima:

«Yo agarro la suerte y la muerte,
así por la palabra, por la maquinaria ruidosa de la palabra la hago
canciones sin tiempo,

y voy arando de inmortalidad el día grandioso.
Mí carne es guitarra. mi sangre es tonada y mis huesos son cantos parados.
Percibo el devenir mundial, sólo como imagen,
siento, pienso y expreso en imágenes irremediables
la lógica matemática de los fenómenos,
de los fenómenos, de los fenómenos
y mi condición estética dinámica crea el universo
a la manera formidable de los espejos despedazados.

Hombres y máquinas y hombres
viven y mueren en mis poemas acumulados
la forma tremenda del sueño,

Soy gesto, soy violencia, soy mundo elocuente;
ademas, no tengo sentido conceptual,
o ando disperso y movable por adentro de la belleza acuartelada
lo mismo que el pensamiento en las arterias,
y también como Dios, sí, como Dios en el alarido del hombre sublime
con la mirada espectacular del análisis
Palomas de cemento,
se me caen del traje las epopeyas.

No conozco, digo,
no defino, nombro,
agrandando la naturaleza;
expreso;
detrás, allá detrás de mi corazón, aúlla la nebulosa».

Rebelde, inquieto el poeta hiere con sus gritos todos los cielos
y en un incontenible afán de buscarse sangre hasta en su propia
sombra.

En este Pablo de Rohka, arbitrario, triste, que lanza su corazón
sobre todas las llagas, debemos esperar la hora máxima del triunfo.

(Continuará)

A N G E L C R U C H A G A